

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION MENSUAL DEL

“Centro Estudiantes de Ciencias Económicas”, “Colegio de
doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos
Nacionales”

Director:

RAÚL PREBISCH

Administrador:

BERNARDO J. MATTA

Año IX

Mayo de 1921

Nº 95

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

La lucha contra las enfermedades sociales

Propósitos de la reciente "Liga Argentina de Profilaxis Social"

En la última quincena del mes de Mayo se ha constituido en esta capital la "Liga Argentina de Profilaxis Social", institución cuyo fin principal será combatir las enfermedades venéreas en todos los planteles de la sociedad, realizando con ese motivo gestiones pertinentes para que se efectúe la inspección médica severa del meretricio, cerca de los poderes públicos, y difundiendo en la población las enseñanzas relativas a la profilaxis de las contaminaciones venéreas mediante el folleto, la conferencia, el film, etc.

En la asamblea celebrada al efecto las autoridades de la nueva institución quedaron constituidas en la siguiente forma:

Junta consultiva: Doctores Emilio R. Coni, Maximiliano Aberastury, Mariano R. Castex, Estanislao S. Zeballos, Joaquín V. González, Eleodoro Lobos, José Luis Cantilo, Alfredo L. Palacios, Gregorio Aráoz Alfaro, Augusto Bunge, José Ingenieros, Manuel V. Carbonell, Ernesto Nelson y Alberto Stucchi.

Comisión ejecutiva: Presidente, Dr Alfredo Fernández Verano; vicepresidente 1º, doctor Arturo Serrantes; vicepresidente 2º, Dr. Arquímedes A. E. Soldano; secretario general, señor Alberto Gildoz; secretarios, señores Sabás Sumay y Alejandro Imposti; tesorero, señor Máximo Ezcurra; protesorero, señor Juan B. Arcioni; vocales, doctores Carlos S. Daniel, Greyorio Berman, Carlos Waldorp, José C. Belbey, Oreste Calcagno y Horacio F. Araujo.

Con motivo de su inauguración y explicando los fines de la nueva entidad sanitaria, su presidente, el Dr. Alfredo Fernández Verano, pronunció en el local del Círculo Médico Argentino, y Centro Estudiantes de Medicina, el siguiente discurso:

Señores:

Hemos venido esta noche a reunirnos en este local, obedeciendo todos, a no dudarlo, a una misma convicción: la de que cada día es más alarmante el desarrollo alcanzado por las enfermedades venéreas y que es, no ya necesario, sino urgente, encarar cuanto antes la lucha y hacer decididamente algo práctico en vista de este peligro social, que junto

con la tuberculosis y el alcoholismo, componen la triada de inexorables flagelos que azotan y aniquilan a la sociedad moderna.

Pero si bien desde fines del pasado siglo y en lo que va del nuestro, se han dirigido contra el alcoholismo y la tuberculosis los esfuerzos de los gobiernos, de las ligas y sociedades privadas y del pueblo todo, hasta llegar en muchas ocasiones a obtener hermosos resultados que son honra y orgullo de nuestra época, no ha sucedido lo mismo en lo que se refiere a la lucha contra las enfermedades venéreas, es decir, contra la sífilis y sus dos acólitos, la blenorragia y el chancro blando, debido quizás a ese falso pudor, nacido de los prejuicios, que ha envuelto hasta ahora en un velo de secreto y de vergüenza a estos asuntos.

En numerosos congresos médicos nacionales, extranjeros e internacionales, se ha repetido la necesidad de oponerse cuanto antes a esta verdadera calamidad social. Sin embargo, las reformas necesarias no se han producido, porque tanto los gobiernos como el resto de la sociedad, no han respondido a los votos de esas doctas corporaciones (cosa extraordinaria, tratándose al fin de "votos", por los que de ordinario tanto se interesan aquellos), seguramente porque no tienen oportunidad de ver y palpar día a día y hora a hora toda la gravedad del mal, como nos ocurre a nosotros en el ejercicio de nuestra profesión. Y no se crea que estos achaques son exclusivos de nuestro país. El eminente profesor Fournier, al iniciar en Francia una obra semejante a la que hoy propiciamos, decía lo siguiente, que consideramos oportuno reproducir: "Esperando *de arriba* estas reformas — decía Fournier — es decir, esperándolas del parlamento y administraciones prefectorales u hospitalarias, no hemos hecho más que acumular decepciones. Los poderes públicos parecen, no quisiéramos decir indiferentes al orden general de cuestiones que nos preocupan, pero sí extraños a las inquietudes que en nosotros, médicos, despierta el estado general actual. En todo caso han permanecido sordos ante nuestro llamado, sordos a las instancias de numerosas comisiones oficiales y no oficiales que han elaborado desde hace veinte años proyectos de reformas, sordos a las exhortaciones de la Academia de Medicina y de la Conferencia Internacional de Bruselas, etc.

Por todas estas razones — añadía Fournier — ha sucedido que una agrupación de hombres ha creído un deber intentar algo útil y algo nuevo en vista de la profilaxis pública, diciéndose a sí mismos: "Puesto que sería engaño contar en este caso con la iniciativa de los poderes públicos, apelemos a las iniciativas privadas. Reunámonos para discutir nosotros lo que mejor pueda tentarse en salvaguardia de los intereses comunes. Evidentemente, la opinión pública no está instruída sobre estas cuestiones especiales; pues bien: menester es instruírla, creando un centro de estudios y un foco de propaganda. Es cierto que el parlamento no está con nosotros al instante, pero seguramente lo estará cuando se halle posesionado de los peligros del azote que nos amenaza y sobre los beneficios que dará una profilaxis pública bien organizada. Por otra parte, entre los progresos cuya realización soñamos existen algunos que podemos abordar con nuestras propias fuerzas. En resumen de cuentas, debemos tentar un esfuerzo supremo en salvaguardia de nuestros conciudadanos, y más aún, para la protección de las mujeres, de los

niños, de las familias, de todas las víctimas de una enfermedad que hiere no solamente a los que a ella se exponen, sino a los que no se exponen. Tentemos, pues, ese esfuerzo”.

Estos conceptos que expresaba en 1901 el profesor Fournier, son los mismos que han impulsado a los iniciadores de esta obra, firmantes de la invitación que vosotros conocéis. En una de nuestras reuniones, se decidió comenzar por convocar a una asamblea pública, habiéndome correspondido el honor de ser designado para explicar el pensamiento que nos ha inducido a lanzar esta iniciativa, el objeto que ella persigue, cuáles son sus aspiraciones, en suma, el programa que aspiramos realizar para arribar a resultados prácticos. Tal es lo que trataré de hacer, lo más brevemente posible.

¿Qué fin se propone la naciente sociedad? Exclusivamente éste: Estudiar los medios de todo género, para disminuir en la medida de lo posible, la frecuencia de las afecciones venéreas y de la sífilis en particular. Esta institución no sería, pues, propiamente hablando, sino una liga contra la sífilis constituida sobre el modelo de las demás ligas que militan hoy contra el alcoholismo y la tuberculosis.

Nunca como en estos momentos, señores, ha llegado a apreciarse y a señalarse en todos los países, la transcendental importancia del problema social que constituyen las que antes se denominaban “enfermedades secretas”, y que hoy, dada la difusión enorme que han alcanzado, les correspondería más apropiadamente el calificativo de “enfermedades públicas”. Jamás como en estos días, ha preocupado este problema a los hombres de estudio del mundo entero; jamás se han acumulado tantas publicaciones sobre este tema en las revistas científicas, ni editado tantos libros, ni verificado tal cantidad de experimentos para su dilucidación. Y la causa de ésto aparece claramente explicable: nunca como ahora llegó la ciencia médica a demostrar irrecusablemente las insospechables y espantosas consecuencias de la infección, que como un nuevo Proteo, aparece bajo las más variadas manifestaciones, y abarca todo el campo de la clínica, atacando en la misma forma a los hombres como a las mujeres, a los jóvenes como a los viejos, a los que se exponen al contagio como a los que guardan continencia absoluta y sobre todo, destruyendo en el mismo seno materno a los futuros seres y haciendo estragos entre los niños, víctimas expiatorias de las faltas de los padres. Sabido es que la mayoría de los abortos espontáneos, son producidos por la sífilis. Y sin embargo, no nos resta en este caso sino admirar a la naturaleza, que como en tantos otros, subordina un mal a otro mayor. Porque de haber nacido, esos seres no hubieran resultado sino engendrados lamentables, degenerados de todo orden, condenados a una vida de sufrimientos sin cuento y destinados a terminarla en la más afflictiva de las situaciones.

La sífilis, señores, produce la parálisis, la ceguera, la locura y la muerte: se manifiesta en todas las edades y ataca todos los órganos; los huesos, los músculos, los tendones, el estómago, el pulmón, los intestinos, el corazón, las arterias, los nervios, los riñones, los testículos,

los ojos, la médula, nada escapa; todos los sistemas son susceptibles de ser atacados. Y está demostrado, que sobre todo en su último período, la sífilis tiene predilección por el sistema nervioso y dentro de éste, por el cerebro. Baste decir que más de la mitad de los alienados que existen en el Hospicio de las Mercedes, son sífilíticos. Así, pues, podemos concluir que la sífilis, es la principal proveedora de los manicomios, los asilos y los hospitales.

Y aún debemos agregar a todo esto lo que corresponde a la sífilis hereditaria, cuyo estudio se ha profundizado en estos últimos años, demostrándonos que una gran cantidad de enfermedades cuyo origen se creía conocer, corresponden, en realidad, a la sífilis heredada. Entre nosotros, uno de los más distinguidos profesores de nuestra Facultad, ha puesto al día todo lo que a ella se refiere y así sabemos hoy que los hijos de los sífilíticos pueden tener todas las enfermedades que afligen a los sífilíticos mismos, sin haber sufrido nunca un contagio, por el solo hecho de la herencia. La sífilis puede compararse, pues, a un verdadero castigo bíblico que pesa sobre la humanidad, pues persigue y extermina a los hijos hasta al tercera y la cuarta generación.

Sabiendo todo esto, no juzgaréis exageradas las palabras de un gran sifilógrafo francés, Leredde, que ha dicho hace poco: *"Es ya seguro, y será pronto posible demostrarlo por medio de documentos precisos, que la sífilis representa, desde el punto de vista social el más grave de los azotes humanos, más grave que la tuberculosis misma, en razón de sus consecuencias directas e indirectas"* (1).

(1) Varios días después de pronunciada esta conferencia, han comenzado a llegar a nuestras manos algunos de los documentos precisos que preveía el Dr. Leredde. En efecto, en un trabajo titulado "La defensa social contra la sífilis", el Dr. Arthur Vernes, director del Instituto Profiláctico de París, dice lo siguiente: "De todas las enfermedades llamadas sociales, porque el estado social las mantiene y porque corren a la sociedad, la más frecuente es la sífilis. De los 25.633 casos de enfermedades infecciosas declarados en Nueva York, durante el trimestre transcurrido del 4 de Julio al 3 de Octubre de 1914, la sífilis venía a la cabeza con 6432 casos; o sea el 25 %; después, la tuberculosis, con 5.525 casos, o sea el 21 %; a continuación seguían a difteria, el sarampión, la escarlatina, etc. Dichos números son tanto más sorprendentes cuanto que la sífilis es la enfermedad más frecuentemente desconocida o disminuida, aquella cuyos casos no declarados son más numerosos. La referida proporción no tiene nada de especial en los Estados Unidos: según mis encuestas personales, me parece que, para París y sus alrededores, se puede, en la actualidad, evaluar en la cuarta parte de la población el número total de los sífilíticos. En ciertos países, toma el aspecto de una epidemia generalizada. En algunas regiones de la Ucrania y de a Rusia del Sur, el número de 80 sífilíticos por 100 habitantes ha sido establecido por un delegado de la Cruz Roja helvética, confirmada por el Dr. Semasko y referida en el *Lancet*, en el mes de Septiembre de 1920, por el Dr. Hadan Guest, secretario y médico de la delegación británica del trabajo". (*Revista Internacional de Sanidad Ginebra*. Marzo-Abril, 1921).

Por otra parte, en la manifestación nacional para la lucha contra las enfermedades sociales, organizada en Francia por el Ministerio de Higiene, Asistencia y Previsión Sociales, y celebrada con gran brillo en la Sorbona, el 5 de Marzo del corriente año, M. Raoul Péret, presidente de la Cámara de Diputados francesa, dijo lo siguiente: "Organizad, pues, señores miembros de a unión, la fecunda propaganda de la idea. Decid a este país en duelo de 1.500.000 de sus hijos, que, cada año, mueren por término medio 134.000 niños en la primera infancia, que la tuberculosis nos cuesta más de 100.000 cadáveres, que la sífilis mata 150.000 franceses, que el alcohol predispone a las enfermedades, engendra la locura y pro-

Durante la pasada guerra, que a cambio de tanta ruina nos ha dejado algunas enseñanzas, esto se ha confirmado. El médico militar, del ejército de los E. U., General Górgas, el ilustre higienista, ha dicho que *las enfermedades venéreas son la causa más fundamental de impotencia militar, después de los desastres en la línea de fuego.*

Y si esto ocurre, señores, en el ejército, y en un ejército sometido a la higiene disciplinaria más rigurosa, podéis imaginar la frecuencia de tales enfermedades en la población civil. Puedo afirmar por experiencia propia, que entre los enfermos de nuestros hospitales el 95 % confiesan haber tenido blenorragia; y otro tanto ocurre entre la clientela. Tan común es esta enfermedad, que un señor nos decía hace días, con razón, que no es necesario ser médico, ni menos consultar las estadísticas, para poder apreciar fácilmente la difusión que han alcanzado, pues basta—decía—sacar a relucir el tema durante la conversación; en el club, o en una reunión cualquiera, y al mencionar, por ejemplo, los terribles ardores producidos durante la blenorragia en el acto de la micción, que se localizan generalmente poco más atrás del meato urinario, observar cómo todos los circunstantes comienzan a hacer movimientos afirmativos con la cabeza, con tales muestras de asentimiento, que no dejan lugar a duda respecto a su veracidad. Ahora bien: la blenorragia no es de ninguna manera una enfermedad sin importancia, como se la considera comúnmente; ella puede traer graves complicaciones, que no entrará a detallar aquí; pero baste saber que puede convertirse en crónica y llegar a producir la esterilidad, la ceguera y hasta la muerte. Es común entre los médicos el dicho de que “todo el mundo sabe cuando comienza una blenorragia; pero nadie, ni los especialistas mismos, puede decir cuando y de qué manera terminará”.

Existen, además, otras razones para que la diseminación de las enfermedades venéreas haya llegado en nuestros días a su apogeo: el hacinamiento cada vez mayor en nuestras grandes urbes, con la consiguiente promiscuidad y facilitación de las relaciones sexuales, amparadas en la libertad de costumbres modernas; las tendencias actuales para abolir la revisión de las prostitutas, que son los verdaderos focos inextinguibles de infección, donde se nutren las espiroquetas y los gonococos; y también, señores, la innegable crisis de erotismo porque atravesamos, erotismo que se refleja en los libros y las revistas, que hoy vemos ostentosamente expuestos en las vidrieras de todas las librerías, revistas y libros que hace algunos años no se hubiera atrevido a exponer el librero más audaz; crisis erótica que se revela en los argumentos de las obras teatrales, en el cinematógrafo, en las modas femeninas, etc. etc. ; Se diría, señores, que la cola de algún cometa hecho exclusivamente de cantaridina, hubiese rozado a nuestro pobre globo terráqueo y que la atmósfera estuviera impregnada desde hace varios años por estos gases perturbadores!...

Si después de estas consideraciones generales echamos una ojeada al estado de nuestro país y en particular de la capital de la República,

voca la criminalidad; que la lucha contra todos estos flagelos, más destructores que la guerra, es una tarea esencial y urgente”.—(*Bulletin du Comité National de défense contre la tuberculose*. Marzo-Abril, 1921).

las circunstancias son aún más apremiantes. Desde Julio de 1919 la ordenanza vigente sobre prostitución ha suprimido de hecho la revisión médica de las prostitutas ya que de cuatro mil inscriptas en el Dispensario de salubridad, han bajado a poco más de trescientas. En cambio, se ha desarrollado la prostitución clandestina y con ella, las enfermedades venéreas han aumentado en grandes proporciones. Debemos declarar aquí que, entre los navegantes, Buenos Aires goza a este respecto de una reputación nada envidiable, cosa fácilmente comprensible desde el momento que la mayor parte de los tripulantes han desembarcado alguna vez en nuestro puerto, declaran que conservan *recuerdos imborrables* de su estada en ésta, refiriéndose, naturalmente, a los obsequios que han recibido mientras han permanecido entre nosotros...

¡Nuestra proverbial obsequiosidad, jamás desmentida, queda confirmada en estos casos una vez más! Podemos, pues, afirmar sin titubeos que nuestra exportación de espiroquetas supera con mucho a nuestra importación....

Felizmente, señores, el actual intendente municipal doctor Cantilo, en cuya representación su secretario privado, el doctor Manuel Pinto, nos acompaña en este acto, encarando el problema bajo su fase verdaderamente práctica y racional, ha enviado al C. D., en substitución del vigente otro proyecto que satisface ampliamente todas las exigencias en la materia. Confiamos en que pronto será llevado a la práctica.

Pero si el problema social de la sífilis es indiscutiblemente el más grave, en cambio, y debemos felicitarnos grandemente por ello, *la lucha contra las enfermedades venéreas es la más económica y la más fácil relativamente*. Para demostrar este aserto, basta con hacer una ligera reseña de las medidas que es imprescindible tomar y los recursos de que debemos disponer, para luchar con éxito contra las demás enfermedades sociales.

En efecto, la tuberculosis, que se consideraba hasta el presente como la enfermedad social por excelencia, tiene raíces tan profundas en la textura de las sociedades modernas, que sólo en un porvenir muy alejado podemos aspirar a encontrar la solución. Para lograr una disminución en la morbi-mortalidad por tuberculosis, es imprescindible resolver el problema de la vivienda, proporcionando a las clases menesterosas la casa higiénica y barata, con abundancia de aire, agua y sol; es menester suministrarles una alimentación sana y abundante; lograr que los obreros beneficien del reposo suficiente, etc., cosas todas que depende de la elevación de los salarios, para lo que habría que comenzar por implantar el seguro obrero obligatorio, etc., etc. Fácilmente se comprende la complejidad de las reformas necesarias y la lentitud con que forzosamente habrán de realizarse.

Otro de los grandes problemas médico sociales es el paludismo, uno de los que más afectan a nuestra República, pues por esta causa se encuentran diezmadadas en la población y empobrecidas nuestras fértiles provincias del norte. La lucha contra el paludismo no es otra cosa

que una obra de ingeniería sanitaria: la desecación de los pantanos, petrolización de las aguas estancadas, alcantarillado de las ciudades, etc. Ahora bien: para realizar toda esta obra y hacer que el paludismo desaparezca, se necesita invertir muchos millones que nosotros, por ahora, no tenemos.

En cuanto al otro gran problema a considerar, el alcoholismo, ya los Estados Unidos han indicado cuál es la única solución. Es necesario imponer una legislación prohibitiva, pero para esto hay que considerar la "debacle" a que puede exponerse a industria y las finanzas nacionales; por esta causa, las restricciones tienen que progresar muy lentamente. Pero ante todo, señores para llegar a obtener lo logrado por los Estados Unidos, hay que contar con un nivel cívico nacional muy elevado, que permita iniciar siquiera esa legislación; y todos recordamos perfectamente el triste fin que le cupo en suerte a nuestra *ley seca*, cuando hubo de discutirse en nuestras cámaras...

En cambio, la lucha contra las enfermedades venéreas requiere simplemente esta condición: la educación de la opinión pública. Cuando todos se encuentren informados de la frecuencia del mal, de las formas, en variadas, en que se verifican las contaminaciones y de la manera de evitarlas, no hay duda que disminuirá grandemente el número de los infectados. *Es la ignorancia del público, aumentada por los prejuicios y falsos pudores, la causa principal de que estas enfermedades se mantengan en las proporciones actuales. Debemos, pues, comenzar por crear la conciencia sanitaria popular respecto a los males venéreos.*

Es menester decir a nuestra juventud: "Sabed que la sífilis y la blenorragia os acechan por doquier; que las consecuencias de esta pequeña ulcerita que desaparece en dos o tres semanas os afligirán todo el resto de vuestra existencia; estad seguros de que toda prostituta es sifilítica, por el solo hecho de ejercer su profesión y que todas tienen gonococos en permanencia en el cuello del útero; sabed que en cada abrazo exponéis vuestra vida misma; usad, en fin, los medios de profilaxis que os propondremos, con los cuales, si no una seguridad absoluta, conseguiréis al menos correr el menor riesgo posible de infectaros".

He tratado de exponer las razones que nos han impulsado a intentar la creación de una liga contra las enfermedades venéreas, que podría denominarse "Liga Argentina de Profilaxis Social". Ahora bien: ¿Cuál sería el programa a realizar? Podríamos resumirlo en la forma siguiente:

1º—Reunir el mayor número posible de adherentes, no solamente médicos y estudiantes de medicina, sino todas aquellas personas penetradas por los anhelos de progreso, de previsión y de justicia que debe mantener todo espíritu moderno.

2º—Iniciar la educación popular, utilizando todos los medios. Hacer ante todo la educación de los educadores. Combatir sin tregua por la prensa el prejuicio de enfermedades deshonorosas; dar a conocer los

estrágos que se deben a la sífilis adquirida y a la hereditaria. Organizar la propáganda por medio de conferencias y de carteles, volantes, opúsculos, etc., en las escuelas, fábricas y talleres, en el ejército (1) y en la armada; para obtener "films" cinematográficos apropiados, vistas fijas y afiches que deberán utilizarse en aquellas. Editar folletos explicativos etcétera.

3º—Estimular la profilaxis personal, como complemento de la educación popular, facilitando a precio de costo, estuches antivenéreos, basados en los principios científicos más comúnmente aceptados.

4º—Insistir ante los poderes públicos, llamando su atención sobre la urgencia de resolver estos problemas, sancionando leyes especiales, de acuerdo con la jurisprudencia aceptada ya en los países más adelantados; iniciando la creación de dispensarios antivenéreos; reglamentando la prostitución (reglamentación perfeccionada de acuerdo con las ideas actuales, etcétera).

5º—Combatir el curanderismo y el charlatanismo, tan comunes en esta materia.

6º—Editar un boletín donde se reflejarían las actividades de la liga.

Pero sobre todo, señores, es necesario ducar a las masas. Ese es el primer postulado de la Medicina Social, esa moderna rama de estudios que, nacida en Alemania, ha adquirido ya carta de ciudadanía en el resto de las naciones. La educación popular: tal es el fin exclusivo de la extensión universitaria, y eso es lo que constituye nuestro principal objetivo, cumpliendo con un mandato imperativo de nuestra conciencia. Porque creémos firmemente que nosotros, los universitarios, no sólo tenemos el derecho de indicar al resto del organismo social las normas a seguir para el logro del bienestar y el progreso colectivos, sino que ello constituye, más que todo, un deber, tanto más imperioso cuanto más grave son los males que contemplamos y más fácil aplicarles un remedio eficaz.

Ninguna institución, por otra parte, es más adecuada para el fin que perseguimos, que el C. M. A. y C. E. de M. que reúne en su seno a toda la falange estudiantil, plena de energías y de entusiasmo. Así iniciará nuestro centro por primera vez una acción de amplias proyecciones sociales, tanto más oportuna cuanto que contribuirá a desvanecer las sospechas, infundadamente esparcidas de que reduciría en adelante sus actividades a fines restringidos y utilitarios.

Antes de terminar, debo agradecer al Señor Intendente, en nombre de la Comisión Organizadora, el interés demostrado por nuestra iniciativa, que encontró desde un principio en el Dr. Cantilo, un apoyo franco y decidido.

(1) En este sentido nos hemos dirigido ya al jefe de la Sanidad Militar, el Dr. Nicomedes Anelo, haciéndole entrega de varios modelos de volantes conteniendo consejos de profilaxis antivenérea, que deben enviarse a todos los conscriptos al ser llamados a las filas.

Señores:

Se ha dicho con razón, que el mundo está gobernado por los hechos y nada más que por los hechos. Todos estamos convencidos de que esta obra debe iniciarse. Terminemos de una vez con las palabras y demos valientemente comienzo a la acción. Los hombres de buena voluntad, los espíritus elevados, los jóvenes entusiastas, los que anhelan emplear sus energías en una obra útil sobre todas y dignificadora como ninguna, que vengan a engrosar la falange que hoy se apresta a la lucha. Nuestra más grande recompensa será palpar los beneficios que ella reportará a nuestra raza, a nuestras familias y a la colectividad entera. Porque es a empresas de esta naturaleza, a las que puede aplicarse, con justicia, la expresión, tan socorrida, de "*hacer patria*".

He dicho.

(De *La Semana Médica*. — Junio 19 de 1921).